

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Vivir a toda costa

Autor/es:
Pacual, Arturo

Citar como:
Pacual, A. (2000). Vivir a toda costa. La madriguera. (24):75-75.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41835>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Vivir a toda costa

Tedio (*L'ennui*)

Cédric Kahn

Francia, 1998

Alberto Moravia publicó en 1960 *El aburrimiento* (*La noia*), historia de un pintor adinerado que padece la enfermedad de ciertos espíritus aristocráticos, ociosos y exquisitos: el hastío. Pero a pesar del título de la novela, su protagonista no es exactamente un hombre aburrido, sino alguien que necesita con urgencia apasionarse por cualquier idea, persona o cosa y no lo consigue: "Lo más chocante era que, deseando hacer algo ardentemente en realidad no quería hacer nada en absoluto". Así pues, el problema del personaje no reside en la falta de deseo, sino en la ausencia de voluntad. Se trata, más que nada, de un haragán, de un tímido quizás, de un apocado harto de sí mismo.

Aunque con algunas ligeras variantes, el planteamiento de *Tedio* sigue los pasos de la novela. Ni Dino, el pintor de Moravia, ni Martín, el profesor de filosofía de Cédric Kahn, son individuos que se limiten a bostezar ante un mundo anodino que no está a la altura de sus aspiraciones. Más bien son ellos quienes no están a la altura del succulento espectáculo del mundo, y saberlo les irrita y desconcierta.

Pero, desde luego, algo va a pasarle a Martín, y va a pasarle por encima, a arrollarle como un tren de mercancías: un amor loco, por supuesto. Cecilia tiene diecisiete años y, literalmente, ha matado a coitos a su anterior amante. ¿Qué hay de especial en ella, aparte de su voraz apetito sexual, para que por fin se despierte el interés del profesor?

Pues justamente eso: es joven, le gusta fornicar, carece de cultura, no piensa, no contesta a las preguntas que Martín le formula y no se deja dominar. De otro modo: es puro instinto, una auténtica fuerza de la naturaleza ajena a la moral, al compromiso y a la razón, un enigma telúrico del que sólo cabe obsesionarse.

Cédric Kahn ha tropezado con dos dificultades y las ha resuelto con desigual fortuna.

La primera, encontrar una actriz que encarnase a Cecilia sin transformarla en un monstruo. La muchacha medio niña y medio mujer de la novela de Moravia se hace presente en la pantalla, dejando escaso territorio a la ambigüedad. En el primer papel de su carrera, Sophie Guillemin se ha visto obligada a bailar en la cuerda floja. Ha de ser ligeramente maliciosa pero no perversa, sensual sin voluptuosidad, inocente y al mismo tiempo calculadora. Debe atraer sin seducir, ser hermosa pero no demasiado, parecer limitada pero no estúpida. Los contrarios acaban anulándose y, en consecuencia, Cecilia queda reducida a una misteriosa impavidez. "Su sexo es más expresivo que su boca", dice desesperado Martín, que no es Humbert Humbert para describir poética y minuciosamente los encantos de esta Lolita sin consistencia, fondona y escasamente vivaz.

El segundo obstáculo consiste en compaginar el drama con la triste comicidad que desprende el enloquecido filósofo, desbordado por su pasión. El hombre sin ideales se lanza a la persecución de su amada, sufre un prolongado ataque de celos, se muestra obsesivamente activo y vigilante, se convierte



en un tipo ridículo. Como cualquiera en su lugar, trata de comprarla, le pide que se case con él, parece exigir pero en realidad se humilla, suplica como un pelele.

En algunos momentos de lucidez, su voluntad se activa: quiere romper con ella; pero su deseo se lo impide. Pretendía poseer, pero en realidad esperaba ser poseído; ahora ya lo está y es imposible romper esa cadena. Asistimos a sus carreras con el fastidio de quien conoce el final. La sombra de Woody Allen es alargada, pero no basta con que la realidad sea cómica: es preciso que lo sea la manera de interpretarla.

Martín descubrirá que no es amado en exclusiva; de hecho, que ni siquiera es amado. "No te dejo porque estoy acostumbrada a ti", es la mejor declaración que oye de labios de Cecilia. Averigua que ella le traiciona con otro, pero para el espectador no se trata de una novedad: ya sabemos que el instinto y la fidelidad se llevan mal. ¿Por qué no conformarse con esa lealtad perruna y pretender un amor en mayúsculas? ¿Es preciso partirse las piernas para comprender que "hay que vivir a toda costa"?

Arturo Pascual